

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
PAGO ADELANTADO

España:
Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes

Extranjero:
Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amados los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

"No quiero" "No me da la gana"

Pues, señor, vivían en Reconqueuela dos honrados cónyuges llamados, por mal nombre, el tío **No quiero** y la tía **No me da la gana**.

Pusieronles este mote, las gentes del lugar, porque, como podrás suponer, avisado lector, en sus frecuentes disensiones matrimoniales, a él no se le caía de los labios la muletilla: ¡no quiero! y a ella la otra: ¡No me da la gana!

Eran ya de mucha edad, y tan semejantes el uno al otro, que parecían hermanos: los dos bajetes, arrugados, canosos, con la boca desportillada y tan torcida hacia la izquierda, que, según contaba la gente, cuando querían apagar el candil por la noche, soplaban con toda su alma, uno por cada lado: —¡fu... fu!... Y el candil ardiendo inmóvil en el medio. Pero dejémos estas inútiles habladurías y vengamos a la verdad de los hechos.

El tío **No quiero**, era tan cargado de espaldas, que, por no mentir, más vale decir de una vez, que era algo jorobado, tenía las pierrecillas delgadas y retorcidas, era tuerto de un ojo y su mujer del otro, pero en cambio el que les quedaba sano lo tenían por lo regular avisado y listillo.

Más de cincuenta años llevaban ya de honrado matrimonio, estos garbosos cónyuges, sin que en todos ellos hubieran tenido graves disensiones, fuera de la famosa trifulca en que se saltaron mutuamente el ojo; pero fué una vez, y en paz.

Por lo demás eran honrados y pacíficos; él no tenía más defecto, si defecto puede llamarse, que el irsele algo (la mano en el vinillo, de cuyas resultas, a mano en el vinillo, de cuyas resultas, a vuelta de tiempo, le venía cierto tembleque en los brazos y en la mandíbula. Pero nunca dió escándalos gordos; por lo cual, dicho se está que resultaba a todas luces irracional la tía **No me da la gana**, cuando decía; que era imposible la vida con aquel hombre, pues no había noche que no viniera alumbrado, pasadas ya las doce; y que lo peor, para ella estaba en que, como consecuencia, le aplicaba la estaca; y eso no podía ser.

El tío **No quiero**, por su parte, replicaba: que no la hicieran caso, que eran cosas de mujeres, que si ella no fuera tan cascarrabias y fisgona..., él de por sí era de buen vino, y sólo la ponía malo cuando ella le calentaba la sangre.

Fuera de estos casos, que sólo ocurrían, como digo, de noche y a puertas cerradas, en público todas sus disen-

siones se reducían a exclamar él lleno de energía a cuanto le indicaba su costilla:

—¡Te digo que no quiero!

Y replicaba ella con no menos furia:

—¡Te repito, que no me da la gana!

Esto era todo cuanto en público se sabía del honrado matrimonio. Por lo cual, cierto día se armó no pequeña escandelería en el lugar, cuando vieron rota la dulce armonía de cincuenta o más años de vida feliz, por la escena que vamos a contar aquí.

Una mañana de Otoño, poco después de rayar la aurora, cuando la plaza pública estaba llena de gente preparándose para partir a las labores del día, salieron de su casa los dos viejos, pero tan descompuestos y turbados, que daban miedo; indicio inequívoco de algún idilio íntimo. El echaba sapos y culebras por la boca, llevaba los puños cerrados y en uno de ellos el sombrero, apretado y retorcido como un zurriago; ella con la cara congestionada, los grises pelos revueltos, el pañuelo arrancado hacia atrás; caminaban separados y decididos dirigiéndose rencorosas miradas con el ojo sano, y barbotando por lo bajo horribles amenazas.

—¡Vamos a ver si quieres o no quieres!...

—¡Ya te diré yo, si te da la gana!...

Paróse la gente a mirarlos con alarma, y los vieron entrar como fieras en casa del señor Cura párroco.

Estaba dicho señor sentado en su despacho rezando el breviario, cuando llegaron ante él como torbellinos, los dos vejetes. Suspendió el rezo, apoyando el dedo en el salmo que rezaba, y se puso a mirarlos por encima de las gafas.

—¡Pero hombre!... ¿qué les trae a ustedes por aquí tan temprano?

—Pues mire **usted**, señor Cura—rompió a decir la vieja entre llorosa y furibunda—que este hombre es un borracho y un **perdío** y un **trasnochador**, y yo no puedo aguantarle más... y no puedo vivir con él... y vaya, que, con perdón de **usted**, yo me **desaparto** de él para **in secula seculorum** amén... y nada más.

—Pero vamos, mujer, ¿qué ha sido ello?—preguntó el cura con cachaza—explíqueme usted, hombre...

—Le digo a **usted** que es muy malísimo... y yo soy una infeliz, una pobre, que no me meto con él...

—¿Y cuánto tiempo llevan ustedes juntos?

Cincuenta y tres corridos, señor cura, pero es mu malísimo, y yo no puedo con él, y por más que le sermoneé, cada vez **pior**.

—¿Y hasta ahora no se han conocido?

—Ya vé **usted**; las cosas tienen su término. Y sepárenos cuanto antes, señor cura, si puede ser, que yo no aguanto más; mire **usted** cómo me ha puesto la cara a **quantás**.

—¡Cállate, farándula!—intervino por fin el tío **No quiero**, que estaba prudentemente callado, retorciendo el sombrero con las manos.—¡no **desageres!** ¡cuántas noches te la he puesto **pior** y no te has quejado a nadie!...

Y como empezasen a cruzarse recios denuestos cortólos en seco el cura, poniéndose de pie y encarándose con el viejo.

—¿Y usted, qué dice a todo ello, **agüelo**?

—Pues, **mie usted**, para ser claro, a uno le gusta una miaja el vino, y como gasta de lo suyo y a nadie perjudica, porque no tenemos hijos, tal cual vez se emborracha uno como Dios manda, y se pone entre dos luces, ¿comprende **usted**? y como las mujeres son tan entrometidas, le hurgan a uno y al fin se van las manos sin pensar. Y **na** más. Pero mire **usted**: si esta se empeña, por mí ya estamos en la iglesia, y si tiene **usted** por ahí algún Sacramento para descasar, en el mismo sitio que nos casamos, nos descasa **usted** y andando.

—Oiga usted, tío **No quiero**—respondió el cura—eso de emborracharse como Dios manda, no lo comprendo bien, porque cabalmente Dios lo prohíbe.

—Quiero decir en plata: pillar la gran filoxera. Pero es lo de menos y vamos al punto: ¿en qué quedamos; nos descasa **usted** u no?

—Sí, hombre, sí; vamos a la iglesia, por mí no ha de quedar; edad tenéis y ya habéis echado los dientes... fuera.

Y sin esperar a más razones, cogió el sombrero y el manteo, y salió andando hacia la puerta. La tía **No me da la gana**, se recogió un poco las airadas greñas, se subió el pañuelo y echó con su esposo detrás del párroco murmurando entre dientes:

—Eres más testarudo...

—¡La testaruda eres tú, recontra!...

Llegados a la sacristía, les hizo el párroco arrodillarse en el suelo, y se dispuso a la ceremonia, que por lo visto era larga.

Encendió dos cirios del catafalco, preparó el misal sobre un atril alto, abriendo en la primera página, cogió el hisopo y el calderillo del agua bendita, revistiéndose de sobrepelliz y estola, y acercándose solemnemente a los cónyuges les preguntó:

—¿Queréis descasaros?

—Sí, señor—respondieron a un tiem-

po los dos viejos mirándose de reojo con furia, y poniéndose casi de espaldas el uno al otro.

Entonces el párroco, calzándose ceremoniosamente los quevedos en la punta de la nariz, comenzó a leer entre dientes las oraciones de la primera hoja, y al terminarla cogió el aspersorio de bronce, mojólo en agua bendita, y átzándoles con él en la cabeza sendos linternazos bién asentados; exclamó:

—**Asperges me hisopo..**

Y pasó la hoja y siguió rezando oraciones. Al llegar al fin de la segunda, volvió a enarbolar el hisopo, y con más fuerza que en la anterior, les arrimó el estacazo a la cabeza, repitiendo:

¡**Asperges me!..**

Lo mismo repitió al final de la tercera y de la cuarta, sólo que con más fuerza cada vez, para cumplir la prescripción del ritual.

—Señor cura, ¿es muy largo el oficio? —preguntó el tío **No quiero**, llevándose la mano a la cabeza.

—Ya vé usted este libro—respondió el sacerdote enseñándole el misal—estamos aún en la cuarta hoja.

Bajó el viejo resignadamente la cabeza, dando por bien empleado el trabajo con tal de descasarse; y el párroco prosiguió pasando hojas y repartiendo hisopazos cada vez más recios.

Al resonar el fatídico **asperges mes** se le estremecieron las carnes a la vieja, y no pudiendo resistir más, exclamó con voz flauteada:

—Señor cura, deme **usté** un poco a este otro lado, si le parece, que aquí lo tengo ya frito.

Pero el celoso ministro proseguía impertérrito su oficio, sin oír explicaciones de ningún género.

Cuando llevaba ya dos docenas de hojas, comenzó la cosa a ponerse seria: la vieja enarbolaraba el codo, en cuanto oía **asperges**, y el tío **No quiero** se rasaba desesperadamente la calva, frunciendo con amargura el entrecejo; hasta que por fin se puso en pie, y encarándose con el párroco, le dijo en seco:

—Pero ¡recontra! ¿nos quiere **usté** matar u qué?

—Si señor—respondió con sosiego el señor cura—para descasarlos o sea para disolver el matrimonio, hay que matar a uno de los dos; al primero que caiga.

—Entonces, si a usted le parece, lo dejaremos para otro día—propuso el viejo.

—Mejor será—dijo ella. Y cogiéndose del brazo los dos viejos, se miraron por el ojo sano, con el mismo cariño que hacía cincuenta y tres años.

El párroco, poniéndose muy serio les recordó con graves palabras la indisolubilidad del santo Matrimonio, con la cual son felices la inmensa mayoría de los esposos cristianos; y aunque tienen inconvenientes, como todas las leyes los tendría incomparablemente mayores su abrogación, dejando al descubierto el honor de la esposa, el porvenir de los hijos y los fundamentos de la familia, entregándolos al instinto bruto, a merced del primer disgusto familiar o de la primera pasión desenfrenada.

Con lo cual los dos vejetes se fueron a su casa encantados de la vida, a pasar la luna de miel.

Luis F. de Retana, C. SS. R.

.....
Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

El viaje del Cardenal Benlloch

Después de un viaje verdaderamente triunfal por las florecientes naciones de la América española, el Cardenal Benlloch entra en la madre patria cargado de laureles y henchido de esperanzas. Cádiz, Valencia y después Madrid le dispensaron recibimiento grandioso, acudiendo las autoridades a saludar al eminente Purpurado que acababa de dar cima a la gran obra de aproximación espiritual entre los pueblos hispanoamericanos y la madre patria.

¿En cuál de las repúblicas hispanoamericanas ha sido mejor recibido, más agasajado, más delirantemente aclamado el Cardenal español? Imposible sería discernirlo. Porque todas ellas, aun las que al frente del Gobierno tienen hombres que se llaman «radicales», rivalizaron en su obsequio. Y hasta se dió el milagro de que se unieran en el aplauso al Cardenal que era como unirse en el amor de la madre España, pueblos que se mantenían apartados por enojosas querellas políticas.

Véase el hermoso mensaje de salutación que le dedicó la prensa chilena, firmado por don Rafael Gumucio, príncipe de los periodistas chilenos. Dice así:

«Ayer entrasteis como triunfador.

El himno de Chile, el himno de España, el sonar de las campanas y el vocerío popular anunciaron vuestra llegada.

El Gabinete Ministerial os recibió oficialmente en nombre del Gobierno de la República.

El Metropolitano y los Obispos os recibieron en representación de la Iglesia.

La tropa militar os presentó sus armas.

Os saludó con palabras de veneración y de amor un anciano que es jefe de la Iglesia chilena y el más ilustre de los hijos de este suelo.

Os vitoreó a vuestro paso una inmensa multitud, incontable...

Centenares de miles de sombreros se agitaron al aire, cuando vos saludábais con vuestro capelo rojo.

Centenares de miles de voces enronquecieron, aclamando vuestro nombre con frenético entusiasmo.

Santiago os rindió honores de triunfador como nunca antes lo hubo rendido.

A Santiago han venido gobernantes de pueblos amigos.

A Santiago han venido generales cubiertos de gloria.

A Santiago han venido Príncipes de sangre real.

A Santiago, vino hace tres años un Infante de España.

Pero a ninguno le ha hecho Santiago recepción semejante a la de ayer.

Esto ha sido así porque ninguno de los que antes pisaron nuestro suelo revestía vuestra triple investidura: ser un gran hombre, ser español y ser Cardenal.

Ayer Santiago admiró al varón egregio por su genio, por su ciencia y virtud.

Ayer Santiago aclamó al español que trae un mensaje de la Madre España.

Ayer, sobre todo, Santiago, doblando la rodilla, le rindió homenaje al Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Chile es español, Chile es católico, Eminencia.»

He aquí, finalmente, una corazonada del Cardenal Benlloch, de esas que bastan para conquistar el afecto entusiasta de todo un pueblo. El hecho ocurrió durante el viaje de Argentina a Chile y lo relata así nuestro estimado colega de Chile:

«Diez minutos después de haber cruzado la comitiva el túnel de Las Cuevas, el tren se detuvo en Caracoles, la primera estación chilena de la línea del ferrocarril transandino.

Monseñor Benlloch abandonó su departamento y descendió del tren. Se advertía en su semblante una emoción incontenible.

El ilustre Prelado, descubriéndose, se puso de rodillas y con gesto solemne besó la tierra chilena.

Fué aquel un momento soberbio, y que los presentes agradecieron en medio de cariñosas ovaciones a España y al Cardenal Benlloch.

El hermoso gesto del eminente Prelado, inspiró al cronista de la Embajada, Rvdó. P. Adolfo Villanueva, la bella composición poética que reproducimos a continuación y que fué escrita por su autor momentos después de desarrollada la escena que relatamos:

UN BESO HISTORICO

En la cumbre de Los Andes, con el marco más sublime que imaginarse se puede, entre gigantes que visten mallas de riscos y nieve, y sus lanzones esgrimen vigilando las alturas, donde los cóndores viven, allí se paró el convoy,

Alientos y fuego pide como vencido del hielo, salvando abismos y diques que los dioses de los Incas soñaron en sus desfiles. Allí se para un instante, el fuego en la nieve gime, y se oye el grito anhelante, el grito de ¡Viva Chile!

De pronto el gran Cardenal, ese purpurado insigne, que adivinando los valles con su mano los bendice, y en nombre de España quiere a los chilenos decirles que España llegó hasta aquí, y hasta España llegó Chile.

El agosto purpurado, único fuego que vive, en medio de aquellos hielos, ascua que nada la extingue, el ternísimo Benlloch, emocionado, sublime, ¡¡se arrodilla entre las rocas y besa el suelo de Chile!!

Quedó atónito el gentío, anonadado, hasta triste, de que ese beso no llegue a saberse en los confines del mundo, para que sepa que España ha besado a Chile.»

Sí; España ha besado a Chile, y en Chile ha besado España a toda la América española... es el beso de amor y de reconciliación después de una época de mutuo desvío y de recíproco desconocimiento. Nadie mejor que un Prelado, en su doble representación de Príncipe de la Iglesia y mensajero de la patria pudo imprimir ese ósculo en esas prometedoras tierras de América, que deben a la Religión y a la noble España el haber nacido a la vida de la civilización.

Leocadio Lorenzo, C. M. F.

SORPRESA

Ya preparado para la imprenta el original que había de publicarse en el presente número, me encuentro sobre la mesa una carta dirigida al Director de RELIGION Y PATRIA; (humilde servidor de ustedes) la abro y veo dos cuartillas escritas a máquina y una súplica muy retocada para que las publique «si son de paso.»

Se trata del «primer disparo periodístico», de autor novel en estas lides, pero con deseos de agradar.

Yo, desde luego, deseo ayudar a este principiante, es mas, me conviene ayudarle en lo poco que se y pueda, para cuando me llegue la hora del «retiro obligatorio», tener el consuelo de ver que el periódico no muere conmigo y el suplente va por buen camino.

Así pues, como un recuerdo feliz para él de este primer intento en la propaganda del bien y de que estos entusiasmos no se malogren, allá va el cuento de referencia tal y como fué pensado y escrito: Ahora, lectores, yo digo como en la presentación de las antiguas obras escénicas: «Perdonad sus muchas faltas.»

Y a mí también.

EL NIÑO DE DIOS

Erase una aldea muy pobre, de Suiza, en la que, además de la miseria, abundaba la nieve, (el caso que recuerdo ocurrió en Navidad) cubriendo las callejuelas, pintando de blanco los tejados y haciendo que los débiles pajarillos no encontrasen donde refugiarse. Era cerca de media noche, la campana de la pequeña iglesia llamaba para la Misa del Gallo; y los pobrecitos aldeanos todos, abandonando sus chozas, se apresuraban a acudir fervorosos a este llamamiento dulce y simpático. El pueblo quedaba, pues, abandonado en tanto que la Casa de Dios veíase repleta de gente. Sobre el altar mayor se ostentaba un gran cuadro de la Sagrada Familia rodeado de multitud de velas encendidas; al lado de la Epístola una mesa graciosamente adornada tenía encima una cuna con un Niño Jesús cubierto por completo con un paño blanco. Junto a este sencillo nacimiento colocó el señor Cura siete niños huérfanos, uno recién nacido y ¡ciego! todos ellos bien pobres de ropas.

Al sonar las doce en el reloj de la iglesia, el sacerdote quitó el paño que cubría el cuerpo del divino Niño. ¡Dios hecho hombre para la salvación del mundo.

Una vez terminada la misa, el digno Párroco subió al púlpito y dirigiéndose al pueblo, dijo así:

Hermanos míos en Cristo: Ya que vosotros venis a ofrecerme al niño Dios y le queréis servir en todo, El os pide hoy en esta noche memorable, desde esa cuna bendita, caridad, amor para estos siete niños huérfanos, y con más intensidad todavía para este pobrecito ciego, que al venir al mundo perdió a su madre para siempre. Todos ellos desde tan cerquita del niño Dios, niños como El, buscan suplicantes entre vosotros el padre y la madre que han perdido. «Seis mujeres salen de entre el auditorio y foman resueltas cada una un niño, adoptándolos por hijos suyos; mas el Benjamín de los siete, el ciegucecito, se quedó solo sin que nadie le recogiese.

Apenado el señor Cura, exclama dirigiéndose a él: ¡Desgraciado, qué va a ser de tí! ¿Te abandonan por verte tan pequeño e inútil? ¡Dios no te abandonará!

Acababa de decir esto y sale de entre el pueblo una mujer, la más pobre y miserable, que responde así a la lamentación del Párroco: Tengo un hijo y con este que tomo a mi cuidado, como hijo también, Dios me ayudará al sustento de los dos.

—Cómo, arguye el señor Cura, tú la más pobre del pueblo, que tienes demasiado con dar el pecho al tuyo?...

—Yo, sí; es de Dios y él me lo dá para que lo crie.

—Ei te bendiga, mujer.

El niño creció y era tan bueno y gracioso que todos le llamaban en el pueblo «el niño de Dios» y le querían y daban a la pobre mujer con qué sustentarle.

Corriendo los años acertó a pasar por allí un médico de mucha fama y oyendo hablar a todos del niño ciego, mandó que se lo presentasen para examinarle detenidamente; encontró fácil la curación, pidiendo a su madre que le dejase llevarlo con él, ¡y el niño vió!

El médico, encantado de las bondades de aquella criatura, quiso llevárselo, pero la madre se negó a ello; entonces el doctor, que sentía verdadero afecto hacia él, se ofreció a costearle una carrera, como así lo hizo, saliendo tan despejado y con tan buenas notas y apreciable conducta que prometía ser un digno sacerdote, misión a la que «el niño de Dios» se inclinó.

¡Día grande en el pueblo, de gran fiesta para todos aquel en el que nuestro protagonista cantó su primera Misa!

Al morir el anciano Párroco, el pueblo en masa pidió al señor Obispo que le substituyera el joven sacerdote, el niño aquel ciegucecito que en un día de Navidad, en aquella misma iglesia que iba ahora a cuidar estuvo próximo a quedar desamparado sin el auxilio verdaderamente heroico de aquella pobrecita mujer que aumentó su pobreza y agotó sus pechos por criarle. En cambio ahora recogía el premio con su hijo adoptivo, el Niño de Dios.

Juan Ortea Corujo.

CHARLA

—Oye, Pepín, ya no te dan en la escuela ese... periódico que traías otras veces?

—Sí que me lo dan, padre; pero como usted no me lo quiso las otras veces que lo traía, pues ahora se lo doy a madre.

—¿Y tu madre lo lee?

—Sí que lo lee, y yo también y mis hermanos y mi tía.

—De modo que aquí el único que no lo lee soy yo?

—Eso, porque no lo quiere leer, pero trae cosas muy guapas. ¡Trae unas historias y unos versos más guapos!... El otro día traía una cosa de un monaguillo, la mar de célebre, y una historia de un soldado que venía de Melilla y consoló a su madre que estaba muy triste por que tenía otro hijo que era muy holgazan y muy borracho y la daba muchos disgustos y este trae lo que decía un borracho que era alba-

ñil... ¡cuánto nos reimos mi madre y yo y mis hermanos!... Si usted lo leyera había de gustarle todo esto; no se por qué no me lo quiere; puede que en leyéndolo una vez lo quiera siempre.

—No te digo que no, pero como es cosa de iglesia y de beatos...

—Nuestro vecino Antón no va a la iglesia ni es beato y es borrachón y pendenciero y sin embargo lo lee siempre que se lo lleva Felipe, que va a la escuela conmigo.

—Bueno, pues cuando te lo den, déjarmelo a mí también... por distraerme...

—Sí, sí; por lo pronto tome este de hoy, verá qué de cosas tan guapas trae. Nos ha dado mucha pena leer eso de «Qué malo es el juego», porque es la verdad. Madre cuando lo leyó lloraba y no sé qué decía.

—Bueno, mocoso, déjate de parla; dame el papel y lárgate.

—Dices, Pepín, que tu padre te pidió RELIGION Y PATRIA.

—Sí, señora y con mucho interés.

—¡Ay, Señor, si Dios quisiera que lo leyera bien y lo pensara y se arrepintiera de esa condenada vida que lleva y nos hace sufrir a todos! Qué más da que tenga buen jornal si todo lo juega y lo bebe, en tanto que nosotros tenemos que acostarnos muchas veces sin cenar. ¡Qué hombres hay!

—¿Qué dice usted madre? ¿Por qué llora?

—No digo nada, hijo mío. Vamos a rezar un Padre Nuestro y un Ave María por una necesidad muy apremiante.

—Ya, ya, para que no se emborrache padre, ni te pegue, ¿verdad, madre? ¡Cuando yo sea grande y pueda no pasará esto!

—Por Dios, Pepín, jamás por nada ni por nadie has de faltar al respeto debido a tu padre aunque él sea malo. Al contrario, por las buenas y a fuerza de paciencia procuraremos traerlo al buen camino. Mas desgraciado es él haciendo el mal que nosotros sufriendolo.

—Bueno, pues entonces, vamos a rezar un Padre Nuestro.

—Setenta y dos pesetas cobré de jornal esta semana, perdí al juego, ¡maldito juego!, cincuenta y ocho, dí doce a la «costilla» para el arreglo de la casa, y las dos restantes en el café, total que como hoy miércoles estoy ya «planchado», y con deudas para la próxima, entretendré las amarguras de esta vida perra leyendo algo de los clericales para reirme. Los otros periódicos míos con las cosas que dicen me enfurecen más y ahora esto no me conviene porque entonces sería cosa de pegarme un tiro por bruto.

¡Ja, ja, ja!... Este Endalecio López es todo un borracho célebre de verdad; como yo, que dicen que soy terrible en poniéndome a hablar después de la botellina y el caso es que hablamos, hablamos y no decimos más que burradas, claro, el vino y nada más que el vino, que nos quita el sentido.

Bueno, este deputao es exactamente igual que los que yo conozco: «fala, fala, fala» y total pata; la cuestión son las dietas y chupar la sangre al pueblo; así los liquidara a todos el directorio.

Charla... parece que empieza intere-

sante, veamos. La discusión se anima. No la dejo, a ver en qué para.

Sí... verdaderamente, esto de la religión no es para tomarlo a broma. Ya lo pensaremos más despacio. Puede que me convenga. Si la religión me permitiera emborracharme y jugar y otras cosas, puede que yo la aceptase, pero es muy intransigente y nosotros los hombres libres, los obreros «coscientos» no debemos transigir...

A ver a ver esto. «Qué malo es el juego.» Sí, y tan malo cuando no se gana y se pierde hasta la camisa y con la camisa la vergüenza.

«Tengo 64 años»... como yo. «Hace 34 que estoy en presidio», Yo no, pero es parecido puesto que estoy casado.

Sigamos leyendo. Caramba con el papelito este, cuántas cosas interesantes trae de una sola vez. Se lo pediré a mi chico siempre, así como el que no quiere la cosa, para que no note mi interés. En la calle me lo dan muchas veces y yo tiro por mor de los amigos... Hay que fingir más en este cochino mundo! Hasta con la familia, porque el día que «güelan» que es uno bueno abusan.

Esta historia del juego, francamente me ha hecho pensar, porque esa y no otra es la realidad. ¡Me han pasado tantas cosas con el juego!...

¡Si a mi tuvieran que ponerme la «marca»! Dios Santo, voy a irme apartando de eso sin que lo noten los amigos, para que no se burlen.

Hoy pego a mi mujer, además de robarle el jornal, mañana puede ser que la matara y luego la «marca» la te-

rrible «marca» de asesino y ladrón.

¿Soñaré con esto hoy?

Iba a salir, ya no salgo, porque para ir a donde iba a ir vale más quedarse en casa y empezar a ser formalito.

Estos papeles serán clericales, pero aleccionan a uno bien, requetebien.

La «marca»... ¡la marca fatal!... y aquel grito terrible de la pobre mujer... ¡Somos unos salvajes!...

María de mi alma, voy a empezar a darte el jornal casi entero; el «casi» sólo para fumar y basta.

NOTICIAS

El marqués de Estella, cuya pasmosa actividad a todos admira, ha pronunciado un hermoso discurso en la fiesta de Compensación familiar. Ha exhortado a los obreros a la intensificación del trabajo, amor al soldado y adhesión al sentimiento religioso, «indispensable para que el hombre sepa arrancar sus pasiones», y añadió: «Creedme: os lo dice quien viste uniforme; ese sentimiento resulta preciso para acallar las pasiones y matar los egoísmos, que son precisamente lo más abominable de la naturaleza humana. La Religión acalla los instintos y depura los sentimientos hasta producir el más noble de todos: el altruismo. Una sociedad en que cada uno no pensara más que en su propio bien, sería una sociedad retrógrada y salvaje, donde acabarían por desaparecer los ideales que constituyen honra y prez de todos los humanos.» Aplausos ensordecedores coronaron las palabras del general.

Nuevas escuelas en Melilla.—En Melilla se ha constituido un patronato encargado de organizar las Escuelas del Ave María conforme al sistema manjoniano.

Se cuenta con el concurso de varias entidades y con terrenos para edificar dichas escuelas, pues existe el propósito de que estén funcionando en el primer trimestre del presente año 1924.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sra. D.^a A. A.—Pola de Lena.—Pagó fin de 1923.

Sra. D.^a E. S.—Madrid.—Id. fin Junio de 1924.

Sra. D.^a F. D.—Forcinas.—Id. 1924.

Una señora de Gijón, excelente propagandista de la Acción Católica, nos ha entregado para nuestra propaganda 10 pesetas.

Sr. D. R. B.—Sta. C. de la Palma.—Pagó 1924.

Srta. D. D. P.—Jerez de la Frontera.—Id. 1923.

Sr. D. J. I.—Madrid.—Id. 1924.

Sra. D.^a C. M.—Salas.—Id. fin Enero 1925.

Sr. D. B. G.—Sos.—Id. 1924.

Sras. D. P.—Madrid.—Id. fin 1923.

Sra. D.^a T. R. de V.—Madrid.—Id. fin 1924, y gracias por su activa propaganda.

Sra. D.^a E. R.—Madrid.—Id. fin Febrero 1924.

Sr. D. M. G. R.—Oviedo.—Recibida liquidación; conforme, y gracias.

Varias señoras de Gijón, suscriptoras, nos han entregado 25 pesetas de donativo anual y D. J. M. Camino, de P. de Siero, 5 ptas.

Sra. D.^a M. A. de M.—Madrid.—Pagó 1924.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal.—Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios

San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 ::

GIJÓN C

Doctor MILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN —

Consulta De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 143 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)
Harinas superiores :: Chocolates exquisitos ::
Pan superior de todas clases ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

GRANDES ALMACENES
de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

ACEBAL, RATO Y COMP.^a
FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cuchinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el sistema de fundición de hierro, como placas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

Fama Asturiana

Comienda por sí solo el chocolate de esta marca.

Se vende en todas las tiendas de comestibles

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mazorcas para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

Teléfono, 312.

OBRAS TEATRALES

PROPÓSITO PARA SOCIEDADES OBRERAS Y RECREATIVAS:

El Anarquista (2.^a edición).—Drama en dos actos, verso y prosa..... 1 peseta.

La Jauja Socialista. Juguete en un acto y tres cuadros..... 1 »

(La música de esta obra)..... 3 »

Mitin Socialista...... 1 »

El Señorito. Juguete cómico en un acto..... 1 »

El Requeté. Comedia en tres jornadas..... 1 »

Colecciones de RELIGIÓN Y PATRIA, años 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23 a 5 pesetas cada una.

Envíos certificados 0,30 de peseta más. Los pedidos con su importe a esta Administración.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ
FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Doctor Calisto de Rato y Roces

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DEL SISTEMA NERVIOSO

Cuarenta y seis años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA 63. GIJÓN

Tlp. «La Reconquista :: Gijón.